

mésticos constituían la tradicional educación de las niñas hispánicas, sin que su innata habilidad para tales labores aminorase aquellas dotes intelectuales, cada día acrecidas por un agudo sentido de observación. En casa de sus padres y en otras del lugar oyó la niña hablar de los donceles que partían hacia Méjico para cursar estudios en las Escuelas de Jesuítas, Carmelitas, Franciscanos, etcétera, o en la Universidad, ya antigua de un siglo. (La Universidad de Méjico fué fundada por el primer virrey don Antonio de Mendoza y el arzobispo fray Juan de Zumárraga, inaugurándose el 25 de enero de 1551 «como coronamiento de la más gloriosa obra educativa que jamás hecho poder colonial alguno» —según frase del gran historiador Vasconcellos— nada más enmudecer las armas de la conquista.)

Juana suplicó a sus padres que la enviasen a estudiar a sus aulas en las que explicaban tantos sabios maestros. A la réplica paterna de que los estudios estaban reservados a los varones, la niña —aun consciente de sus encantos femeninos en capullo— no vaciló en ofrecer su cabello a las tijeras y en brindarse a trocar sus haldas por las calzas y gregüescos varoniles. Los hubiera sacrificado tan gustosa como en su edad más tierna sacrificara el queso, privándose de comerlo por haberle dicho alguien que los niños que lo comían se volvían tontos.

Los padres trataron de disuadirla de idea tan extravagante. ¡Buen revuelo hubiera producido en Méjico una niña empeñada en hacerse bachillera! Para las mujeres no hay más cátedra que el hogar, ni más maestra que la madre, ni más claustro que el conventual. Armas y letras incumben al hombre y a la mujer la crianza de los hijos. A pesar de estas admoniciones, Juana seguía sedienta de saber y supo arreglárselas para asaltar la bi-

blioteca del abuelo, Ramírez de Santillana, cuyos estantes aparecían tan llenos de librottes como los de un ingenioso hidalgo de la Mancha a quien se le secara el cerebro de pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio dedicado a la lectura.

A la avispada marisabidilla de Nepantla no le ocurrió lo mismo. Al contrario, la fenomenal conformación de su naturaleza, en tanto que desarrollaba normalmente su cuerpo, acumulaba en su memoria y su inteligencia cuantas arduas materias contenían aquellos infolios de Teología, Filosofía, Gramática, Retórica, Historia y Bellas Letras. Todo era asimilado como asimilan los jugos de la tierra los rosales para convertirlos en flores de increíble fragancia. Las rosas de Juana eran el donaire, el ingenio, la inspiración lírica, las más finas dotes musicales, perfumadas de una delicadeza adolescente y femenina que las liberaba de cualquier servidumbre de pedantería.

Al cumplir los trece años —edad entonces de buscarle un buen esposo entre los gentileshombres de la Corte virreinal— sus padres la llevaron a Méjico. Por la capital corrió pronto la noticia del saber y discreción de la gentil doncella, que durante años y años no se dejara crecer la cabellera para obligarse a no salir y estudiar. El virrey, marqués de Mancera, la llamó a su palacio nombrándole dama de compañía de su esposa, la «divina Laura» de los futuros sonetos de Juana. Divertía a los cortesanos el tesonero deseo de la joven de obtener un título universitario, pero el virrey no se atrevió a autorizar su presencia en el templo del saber. A todo lo más que accedió fué a que en uno de los salones de su residencia se celebrase un simulacro de doctorado.

Cuarenta doctores graves, eruditos, rígidos, formaron un tribunal de inusitado rigor para